

Entre archivos

Prácticas narrativas para descifrar la violencia y cuidar la vida

Emanuela Borzacchiello

Universidad Complutense de Madrid

Entre archivos

Investigar sobre la violencia implica un trabajo constante y lento de excavación arqueológica. La violencia se sedimenta en capas en el territorio que habitamos, así como bajo nuestra misma piel. Excavar historizando para analizar a través de cada estratificación cuáles fueron los elementos que no variaron en el tiempo y en el espacio y los que sufrieron una mutación antropológica por el nivel brutal de violencia que cambió profundamente México, en particular desde el 2006 hasta la fecha¹. Excavar historizando para entender qué pasó, quiénes fueron los responsables, cómo pudo pasar, por qué se permitió que pasara, para reflexionar sobre el presente y comprender las dinámicas sociales que incentivan y favorecen la (re)producción de la violencia.

La escritura de este artículo llega después de un año de trabajo de archivo como curadora de la sección del movimiento feminista de la *Colección M68. Ciudadanías en movimiento*² de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), un repositorio

¹ Durante los años de la presidencia de George W. Bush en Estados Unidos y Felipe Calderón en México (2006-2011), se puso en marcha el Plan México: un programa de cuatrocientos millones de dólares invertidos en la lucha contra el narcotráfico. El objetivo prioritario de la iniciativa era la militarización del territorio, aunque oficialmente una parte del Plan tenía que destinar un porcentaje a las instituciones que trabajan en defensa de los derechos humanos, en particular en el estado fronterizo de Chihuahua, donde el crimen organizado parecía tener un control, casi total, del territorio. Los impactos del Plan México se pueden constatar después de dos años. A consecuencia de la militarización extrema del estado de Chihuahua, el índice de violencia aumentó un 200 %, según el Grupo de Trabajo para Asuntos Latinoamericanos, el Centro para las Políticas Internacionales y la Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos (2011).

² De consulta abierta y en permanente construcción, M68 es una iniciativa en la que colaboran múltiples archivos públicos y privados. Disponible en: <https://www.m68.mx/#/>.

digital sobre los movimientos sociales que, desde el 1968 a la fecha, han impulsado el reconocimiento de derechos en México.

Para la *Colección M68. Ciudadanías en movimiento*, he seleccionado diferentes archivos feministas, privados e institucionales. En una primera fase, contactamos historiadoras, antropólogas, sociólogas, fotógrafas, defensoras de derechos humanos, activistas, trabajadoras, artistas feministas integrantes del movimiento feminista. En particular me centré en el análisis de la década de los setenta y ochenta. Sistemáticamente todo el material documental más adecuado para re-construir la historia del movimiento feminista, sus teorías y prácticas, desde los años setenta hasta hoy³. Para investigar a partir de un trabajo de archivo y para cuidar la vida a través de la recuperación de la producción de conocimiento hecha por las mujeres, mi brújula fueron dos ejes que aprendí gracias a las conversaciones con la socióloga Susana Draper y el antropólogo Rodrigo Parrini:

1. Cuando nos encontramos con un conglomerado de documentos, tenemos que pensar en la posibilidad del “archivo” en el que pueden transformarse.
2. Se tiene que visibilizar constantemente la energía social de los archivos.

La metodología que seguí para llevar a cabo la investigación fue historizar excavando a través de una escucha y una mirada “hacia abajo”.

³ El resultado de este trabajo de archivo fue la consulta de ocho archivos feministas privados:

1. Archivo privado Ana Lau
2. Archivo privado Costureras del 1985
3. Archivo privado Isabel Vericat
4. Archivo privado Yan María Yoyotly Castro
5. Archivo privado Mónica González
6. Archivo privado Lucero González
7. Archivo privado Cintia Bolio
8. Archivo privado Marta Lamas.

En una segunda fase hice un rastreo de los archivos universitarios y seleccioné los documentos más importantes para rescatar la historia del movimiento feminista. Archivos universitarios analizados y seleccionados:

1. Ana Victoria Jiménez (Universidad Iberoamericana)
2. Biblioteca CIEGH-UNAM
3. Biblioteca CEIICH-UNAM
4. Archivo CAMENA-UACM
5. Biblioteca CEDOCH-UAM.

Una propuesta y apuesta metodológica: mirar y escuchar hacia abajo

La profesora colombiana de la Escuela Interamericana de Bibliotecología, Sandra Patricia Arenas Grisales, con respecto a “mirar hacia abajo” escribe:

Ese mirar hacia abajo es también una forma de mirarse a sí mismo, de indagar en lo más profundo del ser humano para comprender el porqué de ciertos acontecimientos. [...] La materialidad que simboliza la memoria nacional de las epopeyas, las conquistas y las transformaciones por lo general nos obliga a mirar hacia arriba, en dirección a un lugar en lo alto desde el cual se nos presenta la magnificencia de un pasado remoto. [...] Pero si mirar hacia arriba, a esos lugares de memoria, nos permitió conocer las grandes lecciones de la historia, desviar la mirada hacia abajo, al piso, al cemento, a la tierra, nos deparó con lo invisible, con el silencio y con lo subterráneo⁴.

En relación con la escucha, la socióloga Raquel Gutiérrez afirma: “escuchar es conocer”. En mi investigación mirar y escuchar son dos acciones íntimamente relacionadas. Si empezamos el ejercicio de mirar y escuchar hacia abajo, podemos plantearnos: ¿Cómo se transforman las herramientas que usamos? ¿Cómo los cambios que se producen inciden en nuestra investigación?

El primer cambio que necesitamos para reposicionarnos en este entrenamiento constante de la escucha y de la mirada, lo defino como *el movimiento hacia atrás*. Desde que era pequeña, me acompaña una frase de mi abuela: “antes de dar un paso adelante, da un paso atrás”. Es decir, mira adelante, y después para y vuelve al pasado a través de un ejercicio reflexivo: escucha las voces que nunca fueron escuchadas, retoma las escrituras que fueron silenciadas. Acércate a las personas que sufrieron,

⁴ Grisales ARENAS, *Mirar hacia abajo*, 2009, p. 34. Consultado el 11 de abril de 2019, <http://hacemosmemoria.org/2019/04/04/mirar-hacia-abajo/>.

retoma su historia y aléjate de la gran pretensión de querer reconstruir la memoria histórica de un país. No mirar sólo la masacre y la violencia que desborda, sino sus efectos en la vida cotidiana.

Un segundo cambio deriva del *ejercicio reflexivo de la escucha hacia sí misma*. Cada escucha tiene que partir de nosotras mismas, indagando en lo más íntimo el porqué nos tocan más unos temas y dejamos otras historias.

Un tercer cambio tiene que ver con *el ejercicio de visibilizar lo invisible*, o por lo menos aquello que aún hoy se nos presenta como invisible.

Archivar no significa catalogar, poner etiquetas y entregar al polvo los documentos. Como lo recuerdan los trabajos de Jacques Derrida, el archivo no es sólo el lugar de conservación del pasado y el acto de archivar no sólo es un acto que expresa el deseo de ordenar y de sistematizar, sino que este acto vivo y en constante movimiento siempre está relacionado por un profundo deseo de interrogar la realidad.

Entrando en los archivos: los años setenta

En el archivo privado de la antropóloga feminista Marta Lamas, encuentro un volante de los años setenta. Las mujeres escribían en volantes los lemas que se podían gritar y los distribuían durante las marchas.

Marcha: No más violencia contra la mujer:

1. Mi cuerpo es mío, yo soy mía
2. Todo piropo es un insulto
3. La sexualidad como obligación es violación
4. Las mujeres en el matrimonio también somos violadas
5. Cuando una mujer es golpeada, todas somos golpeadas
6. Ignorancia es esclavitud, esclavitud es violencia
7. No más silencio a la violación
8. Las calles también son nuestras, repudio a la violación
9. No más engaño, no más encierro, no más silencio

10. No más violencia contra las mujeres
11. Contra el hostigamiento sexual
12. No al chantaje sexual en el trabajo
13. Por el respeto a las mujeres
14. Alto a la violación sexual
15. No más mujeres golpeadas
16. Queremos salir a las calles
17. Cada ama de casa es una esclava en la casa

Desde el presente, volviendo a leer estos 17 lemas, se comprende la densidad semántica de cada uno de ellos. Cada uno singulariza los diferentes tipos de violencia que las mujeres sufrimos aún hoy en día; además presenta una visión compleja y sistémica de cómo un mismo cuerpo pueda estar cruzado por múltiples violencias: desde el hostigamiento y chantaje sexual en el trabajo que en la actualidad llamamos acoso hasta la violación y la imposibilidad de ser realmente personas libres y con plenos derechos porque “queremos salir a las calles”, pero vivimos en espacios constantemente excluyentes y discriminatorios.

La lista de los lemas empieza con “Mi cuerpo es mío, yo soy mía”, que será el centro de gravedad permanente del pensamiento y de las prácticas feministas desde los setenta hasta hoy en día. La afirmación de la propia subjetividad pasa a través del reconocimiento del propio cuerpo diferente: porque no sólo tenemos un cuerpo sino que somos nuestro mismo cuerpo.

En el 1979 empieza a circular en México la primera versión en español de un libro que fue fundamental para generaciones de mujeres en diferentes partes del mundo: *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*, del Colectivo del Libro de Salud de las Mujeres de

Boston⁵. En las primeras páginas, podemos leer: “nosotras somos nuestros cuerpos. Nuestro libro celebra este simple hecho”⁶.

En los años setenta se empieza el reconocimiento del propio cuerpo, de mi cuerpo es mío: una ruta obligada para llegar hoy a reconocerse como cuerpo político colectivo: “Cuando una mujer es golpeada, todas somos golpeadas”, gritan las jóvenes que se manifiestan hoy en todo el país.

La reapropiación del cuerpo, o sea el reconocerse y legitimarse a partir de la propia diferencia sexo-genérica⁷, está relacionada con la reapropiación de la palabra: renacemos en la *polis* cuanto más posicionamos nuestros cuerpos y nuestras palabras en el espacio público. Las reapropiaciones del cuerpo y de la palabra a menudo se realizan gracias a un ejercicio de reconocimiento de que la sexualidad, así como la política y la economía, pertenecen al ámbito privado y al público.

En México en la década de los setenta para reapropiarse del cuerpo y de la palabra, las redacciones de los periódicos feministas fueron un espacio clave.

Gracias a mi trabajo de excavación arqueológica en los archivos, descubrí que en realidad las investigadoras, las periodistas y las activistas feministas empezaron a investigar, analizar y visibilizar las violencias feminicidas en la frontera norte ya desde los años setenta, denunciando cómo estaba cambiando el territorio, cómo se estaba volviendo más violento hacia las mujeres. Su producción de conocimiento sobre la violencia fue silenciada e invisibilizada, así que desde el presente cabe preguntar: ¿Si desde los años setenta sus investigaciones hubieran sido escuchadas, hoy en día, Ciudad Juárez sería el paradigma de la violencia que vive todo México?

⁵ Emanuela BORZACCHIELLO, “Nuestros cuerpos, nuestras vidas”, *Revista de la UNAM*, septiembre de 2018. Disponible en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/bbbad2e3-e722-4c49-acf8-ecb2b9d4fe02/nuestros-cuerpos-son-nuestros-territorios>.

⁶ COLECTIVO DEL LIBRO DE SALUD DE LAS MUJERES DE BOSTON, *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*, España, Icaria, 1984.

⁷ Gayle RUBIN “El tráfico de mujeres: Notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, *Nueva antropología*, vol. VIII, n° 30, 1986. p. 27-50.

El periodismo feminista

Desde la década de los setenta se afirma en México el periodismo feminista, y las redacciones se transforman en un ágora ampliada, en espacios de acción social y política a través de intervenciones capaces de tener un impacto importante en el contexto circundante. Una acción fluida que incide en un contexto rígido, caracterizado por una dominación simbólica masculina, por un manejo del poder que tiene como eje central la práctica de la corrupción y por unas políticas públicas formalmente igualitarias pero en la realidad, lejanas a las necesidades de las mujeres⁸.

En el 1976 nace *fem.*, la primera revista feminista latinoamericana, la más longeva y la que ha acompañado el inicio, el crecimiento y el desarrollo de los feminismos mexicanos durante tres décadas. Es un observatorio privilegiado desde dónde observar y estudiar la historia del feminismo en México porque en *fem.*, escriben tres generaciones diferentes de feministas⁹.

Los primeros números de la revista eran temáticos y en el 1977 se publica el número 3 sobre el tema del trabajo.

En este número podemos analizar cómo ya desde 1977 las periodistas feministas focalizaron su atención en Ciudad Juárez; un territorio donde a partir de la violencia en el ámbito laboral podían surgir muchas más violencias porque el escenario de la frontera norte estaba cambiando rápidamente bajo la promesa de un sueño de desarrollo económico neoliberal que apenas estaba empezando¹⁰.

En los años setenta casi no existía ninguna investigación sobre la relación entre violencia contra las mujeres, desarrollo desigual y frontera. Dos de las periodistas de

⁸ E. BORZACCHIELLO, "El periodismo feminista como desafío: desde la página escrita a la pantalla digital", in Joel ESTUDILLO GARCÍA y José Edgar NIETO ARIZMENDI, coord., *Feministas mexicanas del siglo XX: espacios y ámbitos de incidencia*, México, PUEG-UNAM, p. 48-59.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Para el caso mexicano cabe recordar que en los años sesenta el gobierno fomentó programas de desarrollo industrial: Programa nacional fronterizo de 1961 y Programa de industrialización de la frontera de 1965. La industria maquiladora consiste en fábricas de capital extranjero que ensamblan las diferentes partes de los productos destinados principalmente a la exportación. Usan mano de obra de bajo coste, desprovista de derechos. En este tipo de industria, mujeres jóvenes de entre dieciséis y veinticuatro años, núbiles y con una escolarización primaria eran la mano de obra ideal, definida como mano de obra dócil.

fem., María Elena Muñoz y Guadalupe Murayama, deciden partir a la zona norte de México y llevar a cabo una de las primeras investigaciones de campo sobre el tema en Mexicali, Tijuana, Nogales, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo y Matamoros.

Resultado de este viaje, fue la escritura del artículo: “Las obreras y la industria maquiladora”¹¹. Al analizar el artículo vemos que las autoras formulan dos preguntas que atraviesan toda la investigación: ¿La industria maquiladora representaba realmente una posibilidad de empleo bien remunerada y una alternativa segura a las pésimas condiciones del trabajo doméstico? ¿El nivel de explotación laboral estaba generando un entorno violento en contra de ellas?

Analizan y esclarecen elementos clave para entender cómo la violencia que sufrimos se estratifica bajo múltiples capas:

1. La zona fronteriza norte se ha convertido en uno de los principales focos de atracción para la mano de obra desempleada en busca de trabajo en las plantas maquiladoras y el paso a los Estados Unidos.
2. El fenómeno migratorio a las ciudades fronterizas genera un exceso de mano de obra sobre todo de mujeres en su mayoría jóvenes, entre 16 y 25 años, analfabetas, migrantes, de estados del centro y del sur, atraídas por el mito de la frontera:

[...] con todas las consecuencias que trae consigo el abaratamiento de la misma; su disponibilidad inmediata para sustituirla y reemplazarla; los bajo niveles de vida de la población desempleada que está en espera de su oportunidad de empleo y de las alternativas que se plantean en la frontera¹².

3. Cuestionan las condiciones laborales de las y los trabajadores que se encuentran viviendo constantemente bajo chantaje. Muchas empresas cuando tienen dificultades económicas, cierran y vuelven a iniciar con otro nombre pero con los mismos

¹¹ María Elena MUÑOZ y Guadalupe MURAYAMA, “Las obreras y la industria maquiladora”, *Fem.*, n° 3, México, 1977, p. 45.

¹² *Ibid.*, p. 40.

trabajadores, que pierden todos sus derechos de antigüedad. El tipo de contratación es colectiva o individual, pero siempre temporal.

Es interesante subrayar que esta tipología de trabajo cambia la percepción que las trabajadoras tenían de sí mismas, hasta llegar a nombrarse: “somos planta temporal”.

En ese artículo, así como en todos los demás escritos de estos años, el tema de la salud es una parte central de la narración de la violencia que viven las mujeres. Muñoz y Murayama describen cómo es muy común, entre las trabajadoras: el cansancio crónico, la aparición de varices, las escoriaciones, los reumatismos y el agotamiento nervioso.

Para visibilizar cómo el nivel de explotación laboral estaba generando un entorno violento en contra de las mujeres, las dos investigadoras entran en las casas de las obreras: “Es común que vivan entre 15 o 20 en una sola casa o en las llamadas *cartolandia*: lugares de asentamiento de los migrantes paracaídas, porque es la única manera de asegurarse vivienda barata y de establecerse de manera más estable”¹³.

Leyendo los primeros artículos que fueron escritos sobre el tema, es importante subrayar que fue justo en estos años cuando se empieza a construir el estereotipo de la mujer como “perfecta maquiladora”. La alta participación de las mujeres en esta tipología laboral está determinada por sus cualidades o habilidades: rapidez, minuciosidad, paciencia con partes pequeñas por el sentido de la estética y proporción en el caso de maquilas de costuras, juguetes, artículos deportivos o decorativos. En particular, se reporta la opinión de los empresarios: “las mujeres son fácilmente manipulables si piensan que su empleo está en peligro”.

Una de las características más destacables de esta investigación fue la capacidad de visibilizar las causas de la explotación laboral, medir los efectos de explotación en los cuerpos de las mujeres y cuestionar el mito de los programas de desarrollo industrial internacional promovidos por el gobierno mexicano. Según las autoras:

¹³ M. E. MUÑOZ y G. MURAYAMA, *op. cit.*, p.. 40.

1. Las empresas estadounidenses operan de manera muy parecida a las industrias nacionales, porque ya estaban instalados los patrones de explotación laboral.
2. El desarrollo económico local que deriva de este modelo de desarrollo es cuestionable porque las obreras gastan el salario en productos adquiridos o provenientes de los Estados Unidos.
3. Se empieza a desplazar la mirada desde las empresas hacia la calidad de vida de las mujeres:

[...] pensando en las mujeres empleadas en las plantas maquiladoras, si bien su nivel de ingreso se ha elevado y es superior al que les ofrecerían otras alternativas de empleo, dadas las condiciones de su participación, ¿es válido hablar de aumentos sustanciales en sus niveles de vida y de una verdadera incorporación como mujer trabajadora¹⁴?

Es impactante notar que en el mismo número de la revista, después del caso de Ciudad Juárez, se analiza el del Estado de México, en particular el de Ciudad Nezahualcóyotl. Si en los años noventa Ciudad Juárez era el símbolo de la violencia feminicida, hoy en día, el Estado de México es la entidad federativa que registra los niveles más altos de violencia contra las mujeres.

En 1977, Rosana Carreras y Víctor María Navarro en su artículo “¿A esto le llaman empleo?”¹⁵ reportan los resultados de su investigación en Ciudad Nezahualcóyotl en el Estado de México. En aquel entonces este lugar ocupa el cuarto lugar de desarrollo social y urbano de la República, pero también se caracteriza por un nivel muy alto de trabajo sexual y alcoholismo. Se emplean en trabajos no calificados adolescentes o mujeres de más de 40 años, con poca o ninguna preparación, que no gozan de ningún tipo de prestaciones y trabajan sin límite de horario, sin seguro social o salario mínimo. Ya es bastante ganar entre 40 y 80 pesos al día.

Aproximadamente el 60% de Ciudad Nezahualcóyotl estaba constituido por migrantes procedentes de Guanajuato, Michoacán, Jalisco, entre otros.

¹⁴ *Ibid.*, p. 46.

¹⁵ Rosario CARRERAS y Víctor María NAVARRO, “¿A esto le llaman empleo?”, *Fem.*, n° 3, 1977, p. 47.

El escenario urbano aparece dantesco:

Recorrer cualquier colonia de Nezahualcóyotl es respirar polvo, ver miseria disfrazada de progreso en las principales avenidas con pavimento y agua, drenaje en las casas construidas con tabique y lámina de asbesto; es ver también a los habitantes caminar por las calles de terracería y encontrarse por todos lados con [...] muchísimas e infinidad de pequeños comercios atendidos por mujeres¹⁶.

Carreras y Navarro excavan historizando y llegan hasta el meollo de la cuestión: la corrupción. Visibilizan cómo fue fundada la ciudad: en los años cincuenta funcionarios públicos corruptos del Estado vendieron a fraccionadores los terrenos de los límites del ex-vaso de Texcoco, propiedad de la Nación, a un centavo el metro cuadrado.

Así, sin ninguna clase de servicio, empezó a poblarse la zona con migrantes de provincia y, sólo hasta 1963, las 63 colonias de la ciudad conformaron el actual municipio.

Los autores describen cómo un contexto urbano puede cambiar y volverse más inseguro a partir de los cuerpos de las mujeres, porque el Estado no sólo lo permite sino que es cómplice. Entre 1979 y 1980, en el diario *Unomásuno*¹⁷, periodistas e investigadoras feministas empezaron a escribir sobre las condiciones que permitían la recrudescencia de la violencia contra las mujeres en Ciudad Juárez. Ambra Polidori el 7 de mayo de 1980 publica el artículo: “Y casi todo se va a la basura”¹⁸. Polidori describe cómo la condición femenina en las maquilas era desesperada y muda, una esclavitud más asfixiante que aquella antigua. Con una escritura quirúrgica define los

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ El diario *Unomásuno* apareció el 14 de noviembre de 1977. Fue creado por un grupo de periodistas encabezados por Manuel Becerra Acosta luego de que éste y otros fueron expulsados del diario nacional *Excelsior* en 1976, periódico donde su padre fue director (1963-68). El diario *Unomásuno* buscó cubrir varias tendencias ideológicas y políticas de izquierda, con la incorporación de firmas de todas las corrientes partidistas, universitarias, independientes e intelectuales.

¹⁸ Ambra POLIDORI, “Y casi todo se va a la basura”, *Unomásuno*, 7 de mayo de 1980.

tiempos inhumanos de trabajo, la doble y triple jornada de las trabajadoras, el hecho de vivir constantemente bajo el chantaje del despido, y los efectos en los cuerpos de esta acumulación de cansancio y dolor:

[...] es una explotación que enferma y envejece rápidamente, y que se prolonga por regla general en otra explotación, aquella de ser al mismo tiempo desempleada, sin posibilidad de tregua. Para poder tolerar el dolor, para sacar el trabajo necesario, quedan los analgésicos, los calmantes. [...] Así, la atmósfera de estos lugares de trabajo es la de una cárcel. [...] aquí como allá acaban con la vida. Cada nexo, cada acercamiento es destruido. La capacidad y los órganos sanos se van destruyendo¹⁹.

A través del análisis de estos textos, podemos entender cómo y por qué el feminismo nunca denunció sólo la desigualdad o las discriminaciones, sino que investigó, analizó y denunció la expropiación de nuestra misma existencia.

Prácticas narrativas entre pasado y presente: desde la palabra a la imagen

Desde los años setenta hasta hoy día, el periodismo feminista pasó desde la página en papel a la pantalla digital, usando múltiples lenguajes.

En estos últimos cuarenta años, son diferentes las herramientas que el periodismo feminista inventa y potencia:

1. a través de las historias de vida de las personas más vulneradas se logró poner en discusión temas actuales como la violencia, la discriminación, la otredad, los cánones de belleza, la migración, la estigmatización de los cuerpos más vulnerables;
2. se analizó en profundidad lo que significa la convivencia y la adaptación de una sociedad a sistemas económicos neoliberales;
3. se afinó la capacidad de pensar sobre asuntos tan complejos como la responsabilidad individual y colectiva de lo ocurrido;

¹⁹ *Ibid.*

4. se abrieron preguntas sobre las condiciones que hicieron y hacen posible la violencia y se indagan formas de resolución de los conflictos que no impliquen la violencia, el exterminio del otro, la negación de la diferencia.

Un trabajo que sintetiza de manera magistral estas cuatro características es “Geografía del dolor”, de la fotorreportera Mónica González. En el 2011, González gana el Premio Nacional de Periodismo para este proyecto fotográfico que surge durante la “Caravana por la Paz con Justicia y Dignidad”, encabezada por el poeta Javier Sicilia. La Caravana, caminando por todo el país, intentó acompañar y visibilizar el dolor y las denuncias de los familiares de las víctimas de desaparición forzada, secuestros, trata, feminicidio y las demás violencias que sufre el país. Los familiares necesitaban ser escuchados y desahogarse en las plazas públicas, encontrar un foro para exponer lo que sucedía en sus comunidades.

“Geografía del dolor” se convierte en un sitio web²⁰, un documental transmedia, una exposición fotográfica y un libro. Se usan diferentes lenguajes para visibilizar lo invisible, para volver a dar materialidad a la desaparición forzada.

Mónica y su equipo Saché integrado por Javier García, Iván Castañeda y Alejandra Saavedra viajaron a Sinaloa, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, San Luis Potosí, Tamaulipas, Zacatecas, Querétaro, Jalisco, Estado de México, Michoacán y Guerrero para documentar (en audio, video y fotos) catorce historias contadas por un familiar de alguien que desapareció en una carretera, en un bosque, en plena calle, dentro de una patrulla o porque se lo llevaron de su casa.

Las narraciones orales, de diez minutos cada una, van acompañadas de imágenes del contexto y postales de los familiares dirigidas a quien ya no está, donde cuentan la vida desde su ausencia y prometen buscarlo sin descanso. Lejos del sensacionalismo, que exalta la barbarie y revictimiza a la gente, están la dosificación, la sutileza, la estética, el respeto y la carga emocional del testimonio. Mónica González así describe su proyecto:

²⁰ Mónica GONZÁLEZ, “Geografía del dolor”, México, 2011. Disponible en: www.geografiadeldolor.com.

cuando llegábamos a una ciudad, elegía una postal y un caso que representara a ese Estado. Y es que la ausencia es algo a lo que nadie se puede acostumbrar, mucho menos cuando se trata de la ausencia de alguien al que amamos. Su recuerdo es sólo lo que les queda durante el trayecto de esta ruta; en busca de respuesta a la palabra violencia sólo encontramos desesperación, dolor y desamparo²¹.

Reflexiones finales

Desde los años setenta, el feminismo mueve el centro de la teoría y de la práctica política desde los lugares institucionales al tema del cuerpo, de la sexualidad, de la maternidad, de las relaciones entre público y privado, de la *polis* y de la casa. Estos temas se identifican como el lugar originario de la expropiación de nuestra existencia²². Las razones de la violencia masculina se buscan en las biografías, en el tejido sexual, amoroso y social que caracteriza la vida. Se analiza la violencia invisible como antecedentes de todas las demás. Se habla de liberación y no de libertad, porque los cuerpos diferentes no son libres, sino que constantemente tienen una aspiración de libertad y, a menudo, luchan por ella. Este desplazamiento ha producido un cambio en la manera en la que las feministas producimos conocimiento: entre muchas aportaciones, aquí subrayo la capacidad de analizar acontecimientos fundamentales del ser humano no pensando que sean inmodificables y naturales. Como escribe la antropóloga feminista Lea Melandri, el movimiento feminista fue el primero en poner en el centro de la política el cuerpo; una “biopolítica afirmativa²³” que quiere poner en juego el cuerpo, interrogar la experiencia, pensar la subjetividad como cuerpo pensante, sexuado, plural más allá de la figura abstracta del ciudadano.

²¹ Entrevista concedida a Emanuela Borzacchiello, Ciudad de México, mayo de 2018.

²² Carla LONZI, *Sputiamo su Hegel. La donna clitoridea e la donna vaginale*, Milano, Rivolta femminile editore, 1974; y Lea MELANDRI, *Amore e violenza. Il fattore molesto della civiltà*, Torino, Bollati & Boringhieri, 2011.

²³ Lea MELANDRI, *op. cit.*

Desde la década de los setenta las investigadoras y periodistas feministas en México habían investigado y denunciado cómo estaba cambiando el territorio, volviéndose más violento hacia las mujeres. Habían detectado, con extrema lucidez, las causas de este cambio y habían lanzado una alarma, que no sólo no fue escuchada sino que fue constantemente silenciada y/o censurada: sus artículos fueron publicados sólo en pocas revistas, como *Fem.* o *Unomásuno*, mientras que los periódicos de larga difusión a menudo rechazaron sus textos²⁴. En el ámbito académico fue igualmente difícil afirmarse como productoras de conocimiento al par de los hombres. Sólo a partir de las décadas de los ochenta, gracias a la fundación, en unas universidades, de centros de investigación con perspectiva de género, sus investigaciones empezaron a ser publicadas y difundidas²⁵.

En la actualidad, siguen luchando contra el silenciamiento, poniendo en el centro de su investigación el cuerpo capaz de reconocerse en su singularidad (“Mi cuerpo es mío, yo soy mía”), y, al mismo tiempo, en lo que lo relaciona a las demás (“Cuando una mujer es golpeada, todas somos golpeadas”), conscientes de que sólo mediante el avance hacia los sustratos más profundos de la memoria de las personas, se puede llegar a ver un horizonte más general. En medio de tanto dolor, hay una certidumbre: insistiendo en investigar a partir de los cuerpos de las mujeres, o de los cuerpos feminizados, podemos poner en duda lo evidente, no ceder al relato oficial y volver a una “biopolítica afirmativa”.

²⁴ E. BORZACCHIELLO, *Da “Fem.” a “Debate feminista”: teorie, elaborazioni e protagonista*, tesina de maestría, Università degli studi di Milano, 2005.

²⁵ Mercedes BARQUET, “Feminismo y academia”, in Gisela ESPINOSA DAMIÁN y Ana LAU JAIVEN, coord., *Un fantasma recorre el siglo. Luchas feministas en México 1910-2010*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2013, p. 479-517.